

# Soledad segunda

[Poema - Texto completo.]

Luis de Góngora y Argote

Éntrase el mar por un arroyo breve  
que a recibillo con sediento paso  
de su roca natal se precipita,  
y mucha sal no sólo en poco vaso,  
mas su ruina bebe,  
y su fin (cristalina mariposa,  
no alada, sino undosa)  
en el farol de Tetis solicita.  
Muros desmantelando pues de arena,  
Centauro ya espumoso el Océano,  
medio mar, medio ría,  
dos veces huella la campaña al día,  
escalar pretendiendo el monte en vano,  
de quien es dulce vena  
el tarde ya torrente  
arrepentido, y aun retrocediente.  
Eral lozano así, novillo tierno,  
de bien nacido cuerno  
mal lunada la frente,  
retrógrado cedió en desigual lucha  
a duro toro, aun contra el viento armado;  
no pues de otra manera  
a la violencia mucha  
del Padre de las aguas, coronado  
de blancas ovas y de espuma verde,  
resiste obedeciendo, y tierra pierde.

En la incierta ribera,  
guarnición desigual a tanto espejo,  
descubrió la Alba a nuestro peregrino  
con todo el villanaje ultramarino,  
que a la fiesta nupcial, de verde tejo  
toldado, ya capaz tradujo pino.

Los escollos el Sol rayaba, cuando  
con remos gemidores  
dos pobres se aparecen pescadores,  
nudos al mar de cáñamo fiando.

Ruiseñor en los bosques no más blando  
el verde roble, que es barquillo ahora,  
saludar vio la Aurora,  
que al uno en dulces quejas, y no pocas,  
ondas endurecer, liquidar rocas.  
Señas mudas la dulce voz doliente  
permitió solamente  
a la turba, que dar quisiera voces  
a la que de un ancón segunda haya,  
cristal pisando azul con pies veloces,  
salió improvisa, de una y otra playa  
vínculo desatado, inestable puente.  
La prora diligente  
no sólo dirigió a la opuesta orilla,  
mas redujo la música barquilla,  
que en dos cuernos del mar caló no breves  
sus plomos graves y sus corchos leves.

Los senos ocupó del mayor leño  
la marítima tropa,  
usando al entrar todos  
cuantos les enseñó corteses modos  
en la lengua del agua ruda escuela,  
con nuestro forastero, que la popa  
del canoro escogió bajel pequeño.  
Aquél, las ondas escarchando, vuela;  
éste, con perezoso movimiento,  
el mar encuentra, cuya espuma cana  
su parda aguda prora  
resplandeciente cuello  
hace de augusta Coya peruana,  
a quien hilos el Sur tributó ciento  
de perlas cada hora.  
Lágrimas no enjugó más de la Aurora  
sobre víolas negras la mañana,  
que arrolló su espolón con pompa vana  
caduco aljófara, pero aljófara bello.

Dando el huésped licencia para ello,  
recurren no a las redes que, mayores,  
mucho Océano y pocas aguas prenden,  
sino a las que ambiciosas menos penden,  
laberinto nudoso, de marino  
Dédalo, si de leño no, de lino  
fábrica escrupulosa, y aunque incierta,  
siempre murada, pero siempre abierta.  
Liberalmente de los pescadores

al deseo el estero corresponde,  
sin valelle al lascivo ostión el justo  
arnés de hueso, donde  
lisonja breve al gusto,  
mas incentiva, esconde;  
contagio original quizá de aquella  
que, siempre hija bella  
de los cristales, una  
venera fue su cuna.  
Mallas visten de cáñamo al lenguado,  
mientras, en su piel lúbrica fiado  
el congrio, que viscosamente liso  
las telas burlar quiso,  
tejido en ellas se quedó burlado.  
Las redes califica menos gruesas,  
sin romper hilo alguno,  
pompa el salmón de las reales mesas,  
cuando no de los campos de Neptuno,  
y el travieso robalo,  
gulosos de los cónsules regalo.  
Éstos y muchos más, unos desnudos,  
otros de escamas fáciles armados,  
dio la ría pescados,  
que, nadando en un piélago de nudos,  
no agravan poco al negligente robre,  
espaciosamente dirigido  
al bienaventurado albergue pobre,  
que de carrizos frágiles tejido,  
si fabricado no de gruesas cañas,  
bóvedas lo coronan de espadañas.

El peregrino pues, haciendo en tanto  
instrumento el bajel, cuerdas los remos,  
al Céfiro encomienda los extremos  
deste métrico llanto:

«Si de aire articulado  
no son dolientes lágrimas süaves  
estas mis quejas graves,  
voces de sangre, y sangre son del alma.  
Fíelas de tu calma,  
oh mar, quien otra vez las ha fiado  
de tu fortuna aún más que de su hado.

»¡Oh mar, oh tú, supremo  
moderador piadoso de mis daños!  
Tuyos serán mis años,  
en tabla redimidos poco fuerte

de la bebida muerte,  
que ser quiso, en aquel peligro extremo,  
ella el forzado y su guadaña el remo.

»Regiones pise ajenas,  
o clima propio, planta mía perdida,  
tuya será mi vida,  
si vida me ha dejado que sea tuya  
quien me fuerza a que huya  
de su prisión, dejando mis cadenas  
rastros en tus ondas más que en tus arenas.

»Audaz mi pensamiento  
el Cenit escaló, plumas vestido,  
cuyo vuelo atrevido,  
si no ha dado su nombre a tus espumas,  
de sus vestidas plumas  
conservarán el desvanecimiento  
los anales diáfanos del viento.

»Esta pues culpa mía  
el timón alternar menos seguro  
y el báculo más duro  
un lustro ha hecho a mi dudosa mano,  
solicitando en vano  
las alas sepultar de mi osadía  
donde el Sol nace o donde muere el día.

»Muera, enemiga amada,  
muera mi culpa, y tu desdén le guarde,  
arrepentido tarde,  
suspiro que mi muerte haga leda,  
cuando no le suceda,  
o por breve, o por tibia, o por cansada,  
lágrima antes enjuta que llorada.

»Naufragio ya segundo,  
o filos pongan de homicida hierro  
fin duro a mi destierro;  
tan generosa fe, no fácil onda,  
no poca tierra esconda:  
urna suya el Océano profundo,  
y obeliscos los montes sean del mundo.

»Túmulo tanto debe  
agradecido Amor a mi pie errante;  
líquido pues diamante  
calle mis huesos, y elevada cima  
selle sí, mas no oprima

esta que le fiaré ceniza breve,  
si hay ondas mudas y si hay tierra leve.»

No es sordo el mar (la erudición engaña),  
bien que tal vez, sañudo,  
no oya al piloto, o le responda fiero;  
sereno, disimula más orejas  
que sembró dulces quejas,  
canoro labrador, el forastero  
en su undosa campaña.  
Espongioso pues se bebió y mudo  
el lagrimoso reconocimiento,  
de cuyos dulces números no poca  
concentüosa suma  
en los dos giros de invisible pluma  
que fingen sus dos alas, hurtó el viento;  
Eco, vestida una cavada roca,  
solicitó curiosa y guardó avara  
la más dulce, si no la menos clara  
sílabas, siendo en tanto  
la vista de las chozas fin del canto.

Yace en el mar, si no continuada  
isla mal de la tierra dividida,  
cuya forma tortuga es perezosa;  
díganlo cuantos siglos ha que nada  
sin besar de la playa espaciosa  
la arena de las ondas repetida.  
A pesar pues del agua que la oculta,  
concha, si mucha no, capaz ostenta  
de albergues, donde la humildad contenta  
mora, y Pomona se venera culta.  
Dos son las chozas, pobre su artificio,  
más aún que caduca su materia:  
de los mancebos dos, la mayor, cuna;  
de las redes la otra y su ejercicio  
competente oficina.  
Lo que agradable más se determina  
del breve islote ocupa su fortuna,  
los extremos de fausto y de miseria  
moderando. En la plancha los recibe  
el padre de los dos, émulo cano  
del sagrado Nereo, no ya tanto  
porque a la par de los escollos vive,  
porque en el mar preside comarcano  
al ejercicio piscatorio, cuanto  
por seis hijas, por seis deidades bellas,

del cielo espumas y del mar estrellas.

Acogió al huésped con urbano estilo,  
y a su voz, que los juncos obedecen,  
tres hijas suyas cándidas le ofrecen,  
que engaños construyendo están de hilo.  
El huerto le da esotras, a quien debe,  
si púrpura la rosa, el lilio nieve.  
De jardín culto así en fingida gruta  
salteó al labrador pluvia improvisa  
de cristales inciertos, a la seña,  
o a la que torció llave el fontanero;  
urna de Acuario la imitada peña,  
le embiste incauto; y si con pie grosero  
para la fuga apela, nubes pisa,  
burlándolo aun la parte más enjuta.  
La vista saltearon poco menos  
del huésped admirado  
las no líquidas perlas, que al momento  
a los corteses juncos (porque el viento  
nudos les halle un día, bien que ajenos)  
el cáñamo remiten anudado,  
y de Vertumno al término labrado  
el breve hierro, cuyo corvo diente  
las plantas le mordía cultamente.

Ponderador saluda afectuoso  
del esplendor que admira el extranjero  
al Sol, en seis luceros dividido;  
y, honestamente al fin correspondido  
del coro vergonzoso,  
al viejo sigue, que prudente ordena  
los términos confunda de la cena  
la comida prolija de pescados,  
raros, muchos, y todos no comprados.  
Impidiéndole el día al forastero,  
con dilaciones sordas, le divierte  
entre unos verdes carrizales, donde  
armonioso número se esconde  
de blancos cisnes, de la misma suerte  
que gallinas domésticas al grano,  
a la voz concurrientes del anciano.  
En la más seca, en la más limpia anea  
vivificando están muchos sus huevos,  
y mientras dulce aquél su muerte anuncia  
entre la verde juncia,  
sus pollos éste al mar conduce nuevos,

de Espío y de Nesea  
(cuanto más escurecen las espumas)  
nevada invidia sus nevadas plumas.  
Hermana de Faetón, verde el cabello,  
les ofrece el que, joven ya gallardo,  
de flexüosas mimbres garbín pardo  
tosco le ha encordonado, pero bello.  
Lo más liso trepó, lo más sublime  
venció su agilidad, y artificiosa  
tejió en sus ramas inconstantes nidos,  
donde celosa arrulla y ronca gime  
la ave lasciva de la cipria diosa.  
Mástiles coronó menos crecidos  
gavia no tan capaz; extraño todo,  
el designio, la fábrica y el modo.  
A pocos pasos le admiró no menos  
montecillo, las sienes laureado,  
traviesos despidiendo moradores  
de sus confusos senos,  
conejuelos que (el viento consultado)  
salieron retozando a pisar flores;  
el más tímido, al fin, más ignorante  
del plomo fulminante.  
Cóncavo fresno, a quien gracioso indulto  
de su caduco natural permite  
que a la encina vivaz robusto imite,  
y hueco exceda al alcornoque inculto,  
verde era pompa de un vallete oculto,  
cuando frondoso alcázar no de aquella  
que sin corona vuela y sin espada,  
susurrante amazona, Dido alada,  
de ejército más casto, de más bella  
república, ceñida en vez de muros  
de cortezas; en esta pues Cartago  
reina la abeja, oro brillando vago,  
o el jugo beba de los aires puros,  
o el sudor de los cielos, cuando liba  
de las mudas estrellas la saliva;  
burgo eran suyo el tronco informe, el breve  
corcho, y moradas pobres sus vacíos,  
del que más solicita los desvíos  
de la isla, plebeyo enjambre leve.  
Llegaron luego donde al mar se atreve,  
si promontorio no, un cerro elevado,  
de cabras estrellado,  
iguales, aunque pocas,  
a la que, imagen décima del cielo,

flores su cuerno es, rayos su pelo.  
«Éstas, dijo el isleño venerable,  
y aquéllas, que pendientes de las rocas,  
tres o cuatro desean para ciento  
(redil las ondas y pastor el viento),  
libres discurren, su nocivo diente  
paz hecha con las plantas inviolable.»

Estimando seguía el peregrino  
al venerable isleño,  
de muchos pocos numeroso dueño,  
cuando los suyos enfrenó de un pino  
el pie villano, que groseramente  
los cristales pisaba de una fuente.  
Ella pues sierpe, y sierpe al fin pisada,  
aljófara vomitando fugitivo  
en lugar de veneno,  
torcida esconde, ya que no enroscada,  
las flores que de un parto dio lascivo  
aura fecunda al matizado seno  
del huerto, en cuyos troncos se desata  
de las escamas que vistió de plata.  
Seis chopos, de seis yedras abrazados,  
tirsos eran del griego dios, nacido  
segunda vez, que en pámpanos desmiente  
los cuernos de su frente;  
y cual mancebos tejen anudados  
festivos corros en alegre ejido,  
coronan ellos el encanecido  
suelo de liliis, que en fragantes copos  
nevó el Mayo, a pesar de los seis chopos.

Este sitio las bellas seis hermanas  
escogen, agraviando  
en breve espacio mucha Primavera  
con las mesas, cortezas ya livianas  
del árbol que ofreció a la edad primera  
duro alimento, pero sueño blando.  
Nieve hilada, y por sus manos bellas  
caseramente a telas reducida,  
mantel blancos fueron.  
Sentados pues sin ceremonias, ellas  
en torneado fresno la comida  
con silencio sirvieron.  
Rompida el agua en las menudas piedras,  
cristalina sonante era tiorba,  
y las confusamente acordes aves,

entre las verdes roscas de las yedras,  
muchas eran, y muchas veces nueve  
aladas musas, que de pluma leve  
engañada su culta lira corva,  
metros inciertos sí, pero süaves,  
en idiomas cantan diferentes,  
mientras, cenando en pórfidos lucientes,  
lisonjean apenas  
al Júpiter marino tres sirenas.

Comieron pues, y rudamente dadas  
gracias el pescador a la divina  
próvida mano, «¡Oh bien vividos años!  
¡Oh canas, dijo el huésped, no peinadas  
con boj dentado o con rayada espina,  
sino con verdaderos desengaños!  
Pisad dichoso esta esmeralda bruta,  
en mármol engastada siempre undoso,  
jubilando la red en los que os restan  
felices años, y la humedecida,  
o poco rato enjuta,  
próxima arena de esa opuesta playa,  
la remota Cambaya  
sea de hoy más a vuestro leño ocioso;  
y el mar que os la divide, cuanto cuestan  
océano importuno  
a las Quinas, del viento aun veneradas,  
sus ardientes veneros,  
su esfera lapidosa de luceros.  
Del pobre albergue a la barquilla pobre,  
geómetra prudente, el orbe mida  
vuestra planta, impedida,  
si de purpúreas conchas no istriadas,  
de trágicas rüinas de alto robre,  
que, el tridente acusando de Neptuno,  
menos quizá dio astillas  
que ejemplos de dolor a estas orillas.»

«Días ha muchos, oh mancebo, dijo  
el pescador anciano,  
que en el uno cedí y el otro hermano  
el duro remo, el cáñamo prolijo;  
muchos ha dulces días  
que cisnes me recuerdan a la hora  
que, huyendo la Aurora  
las canas de Titón, halla las más,  
a pesar de mi edad, no en la alta cumbre

de aquel morro difícil (cuyas rocas  
tarde o nunca pisaron cabras pocas,  
y milano venció con pesadumbre),  
sino desotro escollo al mar pendiente,  
de donde ese teatro de Fortuna  
descubro, ese voraz, ese profundo  
campo ya de sepulcros, que sediento,  
cuanto en vasos de abeto Nuevo Mundo,  
tributos digo américos, se bebe  
en túmulos de espuma paga breve.  
Bárbaro observador, mas diligente,  
de las inciertas formas de la Luna,  
a cada conjunción su pesquería,  
y a cada pesquería su instrumento,  
más o menos nudoso, atribüido,  
mis hijos dos en un batel despido,  
que, el mar cribando en redes no comunes,  
vieras intempestivos algún día  
(entre un vulgo nadante, digno apenas  
de escama, cuanto más de nombre) atunes  
vomitar ondas y azotar arenas.  
Tal vez desde los muros destas rocas  
cazar a Tetis veo,  
y pescar a Dïana en dos barquillas;  
náuticas venatorias maravillas  
de mis hijas oirás, ambiguo coro,  
menos de aljaba que de red armado,  
de cuyo, si no alado,  
arpón vibrante, supo mal Proteo  
en globos de agua redimir sus focas.  
Torpe la más veloz, marino toro,  
torpe, mas toro al fin, que, el mar violado  
de la púrpura viendo de sus venas,  
bufando mide el campo de las ondas  
con la animosa cuerda, que prolija  
al hierro sigue que en la foca huye,  
o grutas ya la privilegien hondas,  
o escollos desta isla divididos.  
Láquesis nueva mi gallarda hija,  
si Cloto no de la escamada fiera,  
ya hila, ya devana su carrera,  
cuando desatinada pide, o cuando  
vencida restituye  
los términos de cáñamo pedidos.  
Rindiose al fin la bestia, y las almenas  
de las sublimes rocas salpicando,  
las peñas embistió, peña escamada,

en ríos de agua y sangre desatada.  
Éfire luego, la que en el torcido  
luciente nácar te sirvió no poca  
risueña parte de la dulce fuente  
(de Filódoces émula valiente,  
cuya asta breve desangró la foca),  
el cabello en estambre azul cogido,  
celoso alcaide de sus trenzas de oro,  
en segundo bajel se engolfó sola.  
¡Cuántas voces le di! ¡Cuántas (en vano)  
tiernas derramé lágrimas, temiendo,  
no al fiero tiburón, verdugo horrendo  
del náufrago ambicioso mercadante,  
ni al otro cuyo nombre  
espada es tantas veces esgrimida  
contra mis redes ya, contra mi vida,  
sino algún siempre verde, siempre cano  
sátiro de las aguas, petulante  
violador del virginal decoro,  
marino dios que, el vulto feroz hombre,  
corvo es delfín la cola!  
Sorda a mis voces pues, ciega a mi llanto,  
abrazado, si bien de fácil cuerda,  
un plomo fió grave a un corcho leve,  
que algunas veces despedido cuanto  
(penda o nade) la vista no le pierda,  
el golpe solicita, el bulto mueve  
prodigiosos moradores ciento  
del líquido elemento.  
Láminas uno de viscoso acero,  
rebelde aun al diamante, el duro lomo  
hasta el luciente bipartido extremo  
de la cola vestido,  
solicitado sale del rüido,  
y, al cebarse en el cómplice ligero  
del suspendido plomo,  
Éfire, en cuya mano al flaco remo  
un fuerte dardo había sucedido,  
de la mano a las ondas gemir hizo  
el aire con el fresno arrojadizo;  
de las ondas al pez, con vuelo mudo,  
deidad dirigió amante el hierro agudo;  
entre una y otra lámina, salida  
la sangre halló por do la muerte entrada.  
Onda pues sobre onda levantada,  
montes de espuma concitó herida  
la fiera, horror del agua, cometiendo

ya a la violencia, ya a la fuga el modo  
de sacudir el asta,  
que, alterando el abismo o discurriendo  
el océano todo,  
no perdona el acero que la engasta.  
Éfire en tanto al cáñamo torcido  
el cabo rompió, y bien que al ciervo herido  
el can sobra, siguiéndole la flecha.  
Volvíase, mas no muy satisfecha,  
cuando cerca de aquel peinado escollo  
hervir las olas vio templadamente,  
bien que haciendo círculos perfectos;  
escogió pues, de cuatro o cinco abetos,  
el de cuchilla más resplandeciente,  
que atravesado remolcó un gran sollo.  
Desembarcó triunfando,  
y aun el siguiente sol no vimos, cuando  
en la ribera vimos convecina  
dado al través el monstruo, donde apenas  
su género noticia, pías arenas  
en tanta playa halló tanta rüina.»

Aura en esto marina  
el discurso y el día juntamente  
(trémula, si veloz) les arrebató,  
alas batiendo líquidas, y en ellas  
dulcísimas querellas  
de pescadores dos, de dos amantes  
en redes ambos y en edad iguales.  
Dividiendo cristales,  
en la mitad de un óvalo de plata,  
venía al tiempo el nieto de la espuma  
que los mancebos daban alternantes  
al viento quejas. Órganos de pluma,  
aves digo de Leda,  
tales no oyó el Caístro en su arboleda,  
tales no vio el Meandro en su corriente.  
Inficionando pues süavemente  
las ondas el Amor, sus flechas remos,  
hasta donde se besan los extremos  
de la isla y del agua no los deja.  
Lícidas, gloria en tanto  
de la playa, Micón de sus arenas,  
invidia de sirenas,  
convocación su canto  
de músicos delfines, aunque mudos,  
en número no rudos

el primero se queja  
de la culta Leucipe,  
décimo esplendor bello de Aganipe,  
de Cloris el segundo,  
escollo de cristal, meta del mundo.

#### LÍCIDAS

«¿A qué piensas, barquilla,  
pobre ya cuna de mi edad primera,  
que cisne te conduzgo a esta ribera?  
A cantar dulce, y a morirme luego;  
si te perdona el fuego  
que mis huesos vinculan, en su orilla  
tumba te bese el mar, vuelta la quilla.»

#### MICÓN

«Cansado leño mío,  
hijo del bosque y padre de mi vida,  
de tus remos ahora conducida  
a desatarse en lágrimas cantando,  
el doliente, si blando,  
curso del llanto métrico te fío,  
nadante urna de canoro río.»

#### LÍCIDAS

«Las rugosas veneras,  
fecundas no de aljófar blanco el seno,  
ni del que enciende el mar tirio veneno,  
entre crespos buscaba caracoles,  
cuando de tus dos soles  
fulminado ya, señas no ligeras  
de mis cenizas dieron tus riberas.»

#### MICÓN

«Distinguir sabía apenas  
el menor leño de la mayor urca  
que velera un Neptuno y otro surca,  
y tus prisiones ya arrastraba graves;  
si dudas lo que sabes,  
lee cuanto han impreso en tus arenas,  
a pesar de los vientos, mis cadenas.»

#### LÍCIDAS

«Las que el cielo mercedes  
hizo a mi forma, ¡oh dulce mi enemiga!,  
lisonja no, serenidad lo diga  
de limpia cosultada ya laguna,  
y los de mi fortuna  
privilegios, el mar, a quien di redes  
más que a la selva lazos Ganimedes.»

#### MICÓN

«No ondas, no luciente  
cristal, agua al fin dulcemente dura,  
invidia califique mi figura  
de musculosos jóvenes desnudos.  
Menos dio al bosque nudos  
que yo al mar, el que a un dios hizo valiente  
mentir cerdas, celoso espumar diente.»

#### LÍCIDAS

«Cuantos pedernal duro  
bruñe nácares boto, agudo raya  
en la oficina undosa desta playa,  
tantos Palemo a su Licote bella  
suspende, y tantos ella  
al flaco da, que me construyen muro,  
junco frágil, carrizo mal seguro.»

#### MICÓN

«Las siempre desiguales  
blancas primero ramas, después rojas,  
del árbol que nadante ignoró hojas,  
trompa Tritón del agua a la alta gruta  
de Nísida tributa,  
Ninfa por quien lucientes son corales  
los rudos troncos hoy de mis umbrales.»

#### LÍCIDAS

«Esta en plantas no escrita,  
en piedras sí, firmeza honre Himeneo,  
calzándole talaes mi deseo,  
que el tiempo vuela. Goza pues ahora  
los lilios de tu aurora,  
que al tramontar del Sol mal solicita  
abeja aun negligente flor marchita.»

#### MICÓN

«Si fe tanta no en vano  
desafía las rocas donde impresa  
con labio alterno mucho mar la besa,  
nupcial la califique tea luciente.  
Mira que la edad miente,  
mira que del almendro más lozano  
Parca es interior breve gusano.»

Invidia convocaba, si no celo,  
al balcón de zafiro  
las claras, aunque etíopes, estrellas  
y las Osas dos bellas,  
sediento siempre tiro  
del carro, perezoso honor del cielo;  
mas, ¡ay!, que del rüido

de la sonante esfera  
a la una luciente y otra fiera  
el piscatorio cántico impedido,  
con las prendas bajaran de Cefeo  
a las vedadas ondas,  
si Tetis no, desde sus grutas hondas,  
enfrenara el deseo.

¡Oh, cuánta al peregrino el amebeo  
alterno canto dulce fue lisonja!  
¿Qué mucho, si avarienta ha sido esponja  
del néctar numeroso  
el escollo más duro?  
¿Qué mucho, si el candor bebió ya puro  
de la virginal copia, en la armonía,  
el veneno del ciego ingenioso  
que dictaba los números que oía?  
Generosos afectos de una pía  
doliente afinidad, bien que amorosa  
por bella más, por más divina parte,  
solicitan su pecho a que, sin arte  
de colores prolijos,  
en oración impetre oficiosa  
del venerable isleño  
que admita yernos los que el trato hijos  
litoral hizo, aún antes  
que el convecino ardor dulces amantes.  
Concediolo risueño,  
del forastero agradecidamente  
y de sus propios hijos abrazado.  
Mercurio destas nuevas diligente,  
coronados traslada de favores  
de sus barcas Amor los pescadores  
al flaco pie del suegro deseado.  
¡Oh, del ave de Júpiter vendado  
pollo, si alado no lince sin vista,  
político rapaz, cuya prudente  
disposición especuló Estadista  
clarísimo ninguno  
de los que el Reino muran de Neptuno!  
¡Cuán dulces te adjudicas ocasiones  
para favorecer, no a dos supremos  
de los volubles polos ciudadanos,  
sino a dos entre cáñamo garzones!  
¿Por qué? Por escultores quizá vanos  
de tantos de tu madre bultos canos  
cuantas al mar espumas dan sus remos.

Al peregrino por tu causa vemos  
alcázares dejar, donde, excedida  
de la sublimidad la vista, apela  
para su hermosura,  
en que la arquitectura  
a la geometría se rebela,  
jaspes calzada y pórfidos vestida.  
Pobre choza, de redes impedida,  
entra ahora, ¡y lo dejas!  
Vuela, rapaz, y (plumas dando a quejas)  
los dos reduce al uno y otro leño,  
mientras perdona tu rigor al sueño.

Las horas ya, de números vestidas,  
al bayo, cuando no esplendor overo  
del luminoso tiro, las pendientes  
ponían de crisólitos lucientes,  
coyundas impedidas,  
mientras de su barraca el extranjero  
dulcemente salía despedido  
a la barquilla, donde le esperaban  
a un remo cada joven ofrecido.  
Dejaron pues las azotadas rocas,  
que mal las ondas lavan  
del livor aún purpúreo de las focas,  
y de la firme tierra el heno blando  
con las palas segando,  
en la cumbre modesta  
de una desigualdad del horizonte,  
que deja de ser monte  
por ser culta floresta,  
antiguo descubrieron blanco muro,  
por sus piedras no menos  
que por su edad majestuosa cano;  
mármol, al fin, tan por lo pario puro,  
que al peregrino sus ocultos senos  
negar pudiera en vano.  
Cuantas del océano  
el Sol trenzas desata  
contaba en los rayados capiteles,  
que, espejos, aunque esféricos, fieles,  
bruñidos eran óvalos de plata.

La admiración que al arte se le debe,  
áncora del batel fue, perdonando  
poco a lo fuerte, y a lo bello nada  
del edificio, cuando

ronca los salteó trompa sonante,  
al principio distante,  
vecina luego, pero siempre incierta.  
Llave de la alta puerta  
el duro son, vencido el foso breve,  
levadiza ofreció puente no leve,  
tropa inquieta contra el aire armada,  
lisonja, si confusa, regulada  
su orden de la vista, y del oído  
su agradable rüido.  
Verde, no mudo coro  
de cazadores era,  
cuyo número indigna la ribera.

Al Sol levantó apenas la ancha frente  
el veloz hijo ardiente  
del céfiro lascivo,  
cuya fecunda madre al genitivo  
soplo vistiendo miembros, Guadalete  
florida ambrosía al viento dio jinete,  
que a mucho humo abriendo  
la fogosa nariz, en un sonoro  
relincho y otro saludó sus rayos.  
Los overos, si no esplendores bayos,  
que conducen el día,  
le responden, la eclíptica ascendiendo.  
Entre el confuso pues celoso estruendo  
de los caballos, ruda hace armonía  
cuanta la generosa cetrería,  
desde la Mauritania a la Noruega,  
insidia ceba alada,  
sin luz, no siempre ciega,  
sin libertad, no siempre aprisionada,  
que a ver el día vuelve  
las veces que, en fiado al viento dada,  
repite su prisión y al viento absuelve.  
El neblí, que relámpago su pluma,  
rayo su garra, su ignorado nido  
o lo esconde el Olimpo, o densa es nube  
que pisa, cuando sube  
tras la garza, argentada el pie de espuma;  
el Sacre, las del Noto alas vestido,  
sangriento chipriota, aunque nacido  
con las palomas, Venus, de tu carro;  
el gerifalte, escándalo bizarro  
del aire, honor robusto de Gelandá,  
si bien jayán de cuanto rapaz vuela,

corvo acero su pie, flaca pihuela  
de piel lo impide blanda;  
el Baharí, a quien fue en España cuna  
del Pirineo la ceniza verde,  
o la alta basa que el océano muerde  
de la Egipcia coluna;  
la delicia volante  
de cuantos ciñen líbico turbante,  
el Borní, cuya ala  
en los campos tal vez de Meliona  
galán siguió valiente, fatigando  
tímida liebre, cuando  
intempestiva salteó leona  
la melionesa gala,  
que de trágica escena  
mucho teatro hizo poca arena.  
Tú, infestador en nuestra Europa nuevo  
de las aves, nacido, Aletto, donde  
entre las conchas hoy del Sur esconde  
sus muchos años Febo,  
¿debes por dicha cebo?  
¿Templarte supo, di, bárbara mano  
al insultar los aires? Yo lo dudo,  
que al preciosamente Inca desnudo  
y al de plumas vestido Mejicano,  
fraude vulgar, no industria generosa,  
del águila les dio a la mariposa.  
De un mancebo serrano  
el duro brazo débil hace junco,  
examinando con el pico adunco  
sus pardas plumas, el Azor britano,  
tardo, mas generoso,  
terror de tu sobrino ingenioso,  
ya invidia tuya, Dédalo, ave ahora,  
cuyo pie tiria púrpura colora.  
Grave de perezosas plumas globo,  
que a luz lo condenó incierta la ira  
del bello de la Estigia deidad robo,  
desde el guante hasta el hombro a un joven cela;  
esta emulación pues de cuanto vuela  
por dos topacios bellos con que mira,  
término torpe era  
de pompa tan ligera.  
Can de lanas prolijo (que animoso  
buzo será, bien de profunda ría,  
bien de serena playa,  
cuando la fulminada prisión caya

del neblí, a cuyo vuelo  
tan vecino a su cielo  
el cisne perdonara, luminoso)  
número y confusión gimiendo hacía  
en la vistosa laja, para él grave,  
que aun de seda no hay vínculo süave.

En sangre claro y en persona augusto,  
si en miembros no robusto,  
príncipe les sucede, abreviada  
en modestia civil real grandeza.  
La espumosa del Betis ligereza  
bebió no sólo, mas la desatada  
majestad en sus ondas, el luciente  
caballo, que colérico mordía  
el oro que süave lo enfrenaba,  
arrogante, y no ya por las que daba  
estrellas su cerúlea piel al día,  
sino por lo que siente  
de esclarecido, y aun de soberano,  
en la rienda que besa la alta mano  
de cetro digna. Lúbrica no tanto  
culebra se desliza tortüosa  
por el pendiente calvo escollo, cuanto  
la escuadra descendía presurosa  
por el peinado cerro a la campaña,  
que al mar debe, con término prescripto,  
más sabandijas de cristal que a Egipto  
horrores deja el Nilo que lo baña.

Rebelde Ninfa, humilde ahora caña,  
las márgenes oculta  
de una laguna breve,  
a quien doral consulta  
aun el copo más leve  
de su volante nieve.  
Ocioso pues, o de su fin presago,  
los filos con el pico prevenía  
de cuanto sus dos alas aquel día  
al viento esgrimirán cuchillo vago.  
La turba aun no del apacible lago  
las orlas inquieta,  
que tímido perdona a sus cristales  
el doral. Despedida no saeta  
de nervios partos igualar presuma  
sus puntas desiguales,  
que en vano podrá pluma

vestir un leño como viste un ala.  
Puesto en tiempo, corona, si no escala,  
las nubes, desmintiendo  
su libertad el grillo torneado  
que en sonoro metal lo va siguiendo,  
un baharí templado,  
a quien el mismo escollo  
(a pesar de sus pinos eminente)  
el primer vello le concedió pollo,  
que al Betis las primeras ondas fuente.  
No sólo, no, del pájaro pendiente  
las caladas registra el peregrino,  
mas del terreno cuenta cristalino  
los juncos más pequeños,  
verdes hilos de aljófares risueños.  
Rápido al Español alado mira  
peinar el aire por cardar el vuelo,  
cuya vestida nieve anima un hielo  
que torpe a unos carrizos lo retira,  
infieles por raros,  
si firmes no por trémulos reparos.  
Penetra pues sus inconstantes senos,  
estimándolos menos  
entredichos que el viento;  
mas a su daño el escuadrón atento  
expulso lo remite a quien en suma  
un grillo y otro enmudeció en su pluma.

Cobrado el baharí, en su propio luto  
o el insulto acusaba precedente,  
o entre la verde hierba  
avara escondia cuerva  
purpúreo caracol, émulo bruto  
del rubí más ardiente,  
cuando, solicitada del rüido,  
el nácar a las flores fía torcido,  
y con siniestra voz convoca cuanta  
negra de cuervas suma  
infamó la verdura con su pluma,  
con su número el Sol. En sombra tanta  
alas desplegó Ascálafo prolijas,  
verde poso ocupando,  
que de césped ya blando,  
jaspe lo han hecho duro blancas guijas.  
Más tardó en desplegar sus plumas graves  
el deforme fiscal de Proserpina,  
que en desatarse, al polo ya vecina,

la disonante niebla de las aves;  
diez a diez se calaron, ciento a ciento,  
al oro intuitivo, invidiado  
de este género alado,  
si como ingrato no, como avariento,  
que a las estrellas hoy del firmamento  
se atreviera su vuelo,  
en cuanto ojos del cielo.  
Poca palestra la región vacía  
de tanta invidia era,  
mientras, desenlazado la cimera,  
restituyen el día  
a un gerifalte, boreal Arpía  
que, despreciando la mentida nube,  
a luz más cierta sube,  
Cenit ya de la turba fugitiva.  
Auxiliar taladra el aire luego  
un duro sacre, en globos no de fuego,  
en oblicuos sí engaños  
mintiendo remisión a las que huyen,  
si la distancia es mucha  
(griego al fin). Una en tanto, que de arriba  
descendió fulminada en poco humo,  
apenas el latón segundo escucha,  
que del inferior peligro al sumo  
apela, entre los trópicos grifaños  
que su eclíptica incluyen,  
repitiendo confusa  
lo que tímida excusa.  
Breve esfera de viento,  
negra circunvestida piel, al duro  
alterno impulso de valientes palas,  
la avecilla parece,  
en el de muros líquidos que ofrece  
corredor el diáfano elemento  
al gémimo rigor, en cuyas alas  
su vista libra toda el extranjero.  
Tirano el sacre de lo menos puro  
desta primer región, sañado espera  
la desplumada ya, la breve esfera,  
que, a un bote corvo del fatal acero,  
dejó al viento, si no restituído,  
heredado en el último graznido.

Destos pendientes agradables casos  
vencida se apeó la vista apenas,  
que del batel, cosido con la playa,

cuantos da la cansada turba pasos,  
tantos en las arenas  
el remo perezosamente raya,  
a la solicitud de una atalaya  
atento, a quien doctrina ya cetrera  
llamó catarribera.

Ruda en esto política, agregados  
tan mal ofrece como construidos  
bucólicos albergues, si no flacas  
piscatorias barracas,  
que pacen campos, que penetran senos,  
de las ondas no menos  
aquéllos perdonados  
que de la tierra éstos admitidos.  
Pollos, si de las propias no vestidos,  
de las maternas plumas abrigados,  
vecinos eran destas alquerías,  
mientras ocupan a sus naturales  
Glauco en las aguas, y en las hierbas Pales.  
¡Oh cuántas cometer piraterías  
un corsario intentó y otro volante,  
uno y otro rapaz, digo, milano,  
bien que todas en vano,  
contra la infantería, que piante  
en su madre se esconde, donde halla  
voz que es trompeta, pluma que es muralla.

A media rienda en tanto el anhelante  
caballo, que el ardiente sudor niega  
en cuantas le densó nieblas su aliento,  
a los indignos de ser muros llega  
céspedes, de las ovas mal atados.  
Aunque ociosos, no menos fatigados,  
quejándose venían sobre el guante  
los raudos torbellinos de Noruega.  
Con sordo luego estrépito despliega  
(injuria de la luz, horror del viento)  
sus alas el testigo que en prolija  
desconfianza a la sicana diosa  
dejó sin dulce hija,  
y a la estigia Deidad con bella esposa.